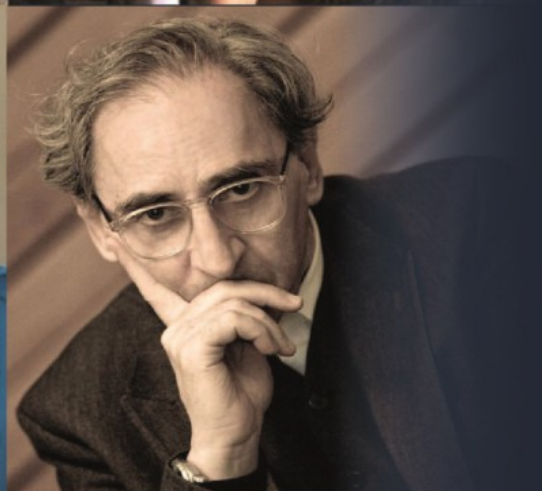
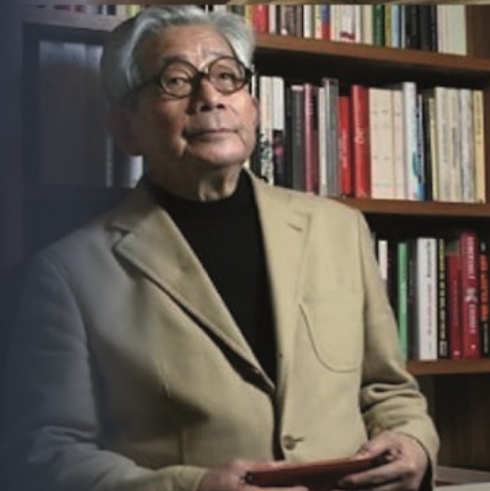
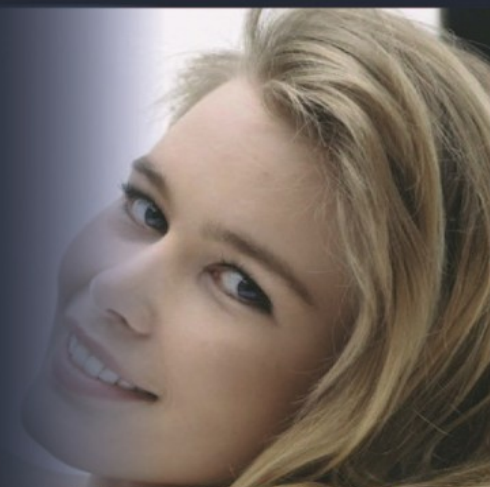


MARCO LUPIS



ENTREVISTAS del siglo corto



Encuentros con los protagonistas de la cultura,
la política y el arte del siglo XX

Copyright© 2017

por Marco Lupis Macedonio Palermo de Santa Margherita
Todos los derechos reservados al autor
interviste@lupis.it

Primera edición italiana 2017

ISBN:

Copyright © 2018 Tektime

Esta obra está protegida por el Derecho de autor.

Está prohibida cualquier reproducción, incluso parcial, no autorizadas.

Subcomandante Marcos

¡Venceremos! (tarde o temprano)

Chiapas, México, San Cristóbal de Las Casas, Hotel Flamboyant. El mensaje estaba escondido debajo de la puerta de la habitación:

*Es necesario partir hoy a la Selva.
Cita en la recepción a 19.
Llevar botas de montaña, una manta,
una mochila y comida enlatada.*

Solo tengo una hora y media para armar estas pocas cosas. Mi objetivo es en el corazón de la jungla. En la frontera entre México y Guatemala, donde comienza la Selva Lacandona, uno de los pocos lugares del mundo completamente inexplorados. Por el momento, solo hay un

"operador turístico" muy especial capaz de llevarme hasta allí. Llamo al subcomandante Marcos y la Selva Lacandona es su último refugio.

Lo que, todavía hoy, probablemente me hace sentir más orgulloso en mi carrera es, sin duda, esta reunión con el subcomandante Marcos en la selva *Lacandona* de Chiapas, México, en abril de 1995, por el semanario *Sette* del Corriere della Sera; primer periodista italiano en entrevistarlo (Realmente no sé si acababa de ir a ver al simpatizante y omnipresente Gianni Minà antes), pero mucho antes de que el mítico subcomandante, con su eterno pasamontañas negro, dio vida en los años siguientes a una especie de auténtica "oficina de prensa de la guerrilla" quien subía y bajaba de su refugio en la selva a periodistas de todas partes.

Habían pasado casi dos semanas desde que, en los últimos días de marzo de 1995, el avión de la Ciudad de México aterrizó en el pequeño aeropuerto militar de Tuxtla Gutiérrez, capital de Chiapas. En la pista rodaban aviones con insignias del ejército mexicano y vehículos militares apostados en los bordes. En una tierra tan grande como un tercio de Italia vivían tres millones de habitantes.

La mayoría de ellos con sangre india en las venas: doscientos cincuenta mil descendientes directos de los mayas.

Estaba en una de las áreas más pobres del mundo: el noventa por ciento de los indios no tenían agua potable. Sesenta y tres por ciento eran analfabetos.

Me pareció muy claro: por un lado, los terratenientes blancos, pequeños y ricos. Por otro lado, los campesinos, muchos, y quienes tomaron en promedio siete pesos: menos de diez dólares por día. Para estas personas, la esperanza de sublevación comenzó el 1 de enero de 1994. Mientras México firmaba un tratado de libre comercio con los Estados Unidos y Canadá, un soldado encapuchado revolucionario declaró la guerra al país: a caballo, armados con fusiles - algunos reales (pocos), otros falsos, de madera - dos mil hombres del Ejército de Liberación Nacional Zapatista ocuparon San Cristóbal de Las Casas, la antigua capital de Chiapas, Palabra de la Orden: "Tierra y libertad".

Hoy sabemos cómo terminó la primera ronda, la decisiva: los cincuenta mil soldados que fueron enviados con sus vehículos blindados ganaron la marea de la revuelta. ¿Y Marcos? ¿Cuál fue el final del hombre que de alguna manera había revivido la leyenda de Emiliano Zapata, el héroe de la revolución mexicana de 1910?

7 pm, Hotel Flamboyant: nuestro contacto llega a tiempo. Se llama Antonio, es un periodista mexicano que en la Selva subió no una, sino diez, veinte veces. Por supuesto, ahora no es como hace un año, cuando Marcos estaba relativamente tranquilo con su familia en el pequeño pueblo de Guadalupe Tepeyac, cerca de la Selva, armado con un teléfono móvil, computadora, conexión a Internet, preparado para recibir los enviados de tv americana. Hoy nada ha cambiado para los indios, pero para Marcos y su gente todo ha cambiado: después de la última ofensiva del gobierno, los líderes zapatistas realmente tuvieron que esconderse en la montaña. No hay teléfonos allí, no hay electricidad. Ni caminos: nada.

El *colectivo* (como llaman a estos extraños microbuses de taxi) corre rápido entre las curvas cerradas de la noche. En el interior hay un olor a sudor y tela húmeda. Se tarda dos horas para llegar a Ocosingo, un pueblo a las puertas de la selva. En las animadas calles, las niñas con largo cabello negro y rasgos indios se ríen. Y tantos soldados, en todas partes. Las habitaciones del único hotel no tienen ventanas, sólo una rejilla en la puerta. Parece estar en una cárcel. En las noticias de la radio: "Hoy el padre de Marcos ha declarado: mi hijo, el profesor universitario Rafael Sebastián Guillen Vicente, 38 años, nacido en Tampico, es el subcomandante Marcos".

A la mañana siguiente tenemos un nuevo guía. Se llama Porfirio. Él también es indio.

A bordo de su camión, se necesitan casi siete horas de baches y polvo para llegar a Lacandon, el último pueblo. Ahí termina el camino de tierra. Y comienza la Selva. No llueve, pero el barro aún llega a las rodillas. Se duerme en algunas barracas en la jungla, a lo largo del trayecto. Después de dos días de marcha apretada y agotadora, en la inhóspita jungla, sofocada por la humedad, llegamos a la aldea. La comunidad se llama *Giardin* ; estamos en el área de *Montes Azules* . Casi

doscientas personas viven allí. Todos viejos, niños y mujeres. Los hombres están en guerra. Nos recibieron bien. Pocas personas saben español. Todos hablan tzeltal, el dialecto maya. "¿Encontraremos a Marcos?" Preguntamos. "Puede darse", dice Porfirio.

A las tres de la mañana nos despertamos con cuidado: debemos irnos, no hay luna, sino muchas estrellas, a media hora de marcha para llegar a una cabaña. En el interior puedes sentir la presencia de tres hombres. Es todo negro, como sus pasamontañas. En el retrato provisto por el gobierno, Marcos es un profesor graduado en filosofía con una tesis sobre Althusser y una especialización al Sorbona de París. Ahora, para romper el silencio en la cabaña, llega una voz en francés: "Tenemos solo veinte minutos. Prefiero hablar en español, si no hay problemas. Soy el subcomandante Marcos. Es mejor no usar la grabadora porque si la grabación fue interceptada, sería un problema para todos, en primer lugar para usted. Aunque oficialmente estamos en un momento de tregua, en realidad me están buscando en todos los sentidos. Pregúntame lo que quieras".

¿Por qué se hace llamar subcomandante?

Dicen de mí: "Marcos es el jefe". No es verdad. Los líderes son ellos, el pueblo zapatista, solo tengo funciones de responsabilidad militar. Me instruyeron para hablar porque sé español. Mis compañeros hablan a través de mí. Solo obedezco

Diez años de clandestinidad son muchos... ¿Cómo vives en la montaña?

Leo. De los doce libros que traje conmigo en la Selva, uno es el *Canto General*, de Pablo Neruda. Otro es el de *Don Quijote* ...

Y ¿entonces?

Y luego los días, los años pasan en nuestra lucha. Ver la misma pobreza todos los días, la misma injusticia... No puedes quedarte aquí sin el deseo de luchar, cambiar, aumentar. A menos que seas un cínico o un hijo de puta. Luego están las cosas que los periodistas generalmente no me preguntan. Y es que aquí en la Selva, a veces, debemos comer

ratones y beber la orina de los compañeros para no morir de sed en largas transferencias... todo acá.

¿Qué falta? ¿Qué ha dejado?

Me falta el azúcar. Y un par de medias secas. Siempre mantener los pies mojados, día y noche, en el frío, es algo que no deseo para nadie. Y luego el azúcar: es lo único que la Selva no te da, tienes que hacer que venga de lejos, para la fatiga física sería necesario. Para aquellos de nosotros que venimos de la ciudad, ciertos recuerdos son una especie de masoquismo. Repetimos: "¿Recuerdas los helados de Coyoacán? ¿Y los tacos de la División del Norte? Recuerdos. Aquí si se captura un faisán u otro animal hace falta esperar tres o cuatro horas para que esté listo, Y si la tropa está desesperada por el hambre y lo come crudo, al día siguiente es diarrea para todos. Aquí la vida es diferente, todo se ve de otra forma... Ah, sí, me preguntó qué dejé en la ciudad. Un boleto para el metro, una montaña de libros, un cuaderno lleno de poesía... y algunos amigos. No muchos, algunos.

¿Cuándo mostrará su cara?

No lo sé. Creo que nuestro pasa-montañas también tiene un significado ideológico positivo, corresponde a la concepción de nuestra revolución, que no es individual, que no tiene cabeza. Todos somos Marcos con el pasa-montañas.

Pero para el gobierno, ella esconde su rostro porque tiene algo que esconder...

Esos no entendieron nada. Pero el verdadero problema no es ni siquiera el gobierno, sino las fuerzas reaccionarias de Chiapas, los agricultores y los terratenientes de la zona, con sus "guardias blancas" privadas. No creo que haya mucha diferencia entre la actitud racista tradicional de un hombre blanco de Sudáfrica contra un hombre negro y la de un terrateniente de Chiapas en comparación con un indio. Aquí la esperanza de vida para un indio es de 50-60 años para los hombres y 45-50 para las mujeres.

¿Y los niños?

La mortalidad infantil es muy alta. Ahora también le cuento la historia de Paticha. Una vez, hace algún tiempo, al pasar de un área de la Selva a otra, pasamos por una pequeña comunidad, muy pobre, donde un camarada zapatista siempre nos recibía con una niña de tres a cuatro años. Llamaron a Patricia, pero su nombre lo pronunció como "Paticha". Le pregunté qué quería hacer cuando fuera grande, y ella siempre me respondió: "la guerrilla". Una noche la encontramos con fiebre alta. No teníamos antibióticos y habrá tenido cuarenta o más fiebre. La ropa mojada se secó sobre ella como una estufa. Ella murió en mis brazos. Patricia no tenía un certificado de nacimiento. Y no tenía uno de muerte. Para México nunca existió, ni siquiera su muerte ha existido alguna vez. Aquí, esta es la realidad de los Indios de Chiapas.

El Movimiento Zapatista ha socavado todo el sistema político mexicano, pero no ha ganado.

México necesita democracia y personas por encima de las partes que la garanticen. Si nuestra lucha fuera útil a alcanzar este objetivo, no habrá sido una lucha vana. Pero el ejército Zapatista no se convertirá nunca en un partido político. Desaparecerá. Y el día en que esto suceda significará que tendremos democracia.

¿Y si esto no sucede?

Militarmente estamos rodeados. La verdad es que difícilmente el gobierno querrá ceder porque el Chiapas y la selva Lacandona en particular, literalmente flotan sobre un mar de petróleo. Y el petróleo de Chiapas es la garantía que el estado mexicano le ha dado a los Estados Unidos por los miles de millones de dólares que Estados Unidos le ha prestado. No puede mostrarles a los estadounidenses que no tiene el control de la situación.

¿Y tú?

Nosotros, sin embargo, no tenemos nada que perder. Y la nuestra es una lucha por la supervivencia y por una paz digna.

La nuestra es una lucha justa.

You've Just Finished your Free Sample

Enjoyed the preview?

Buy: <http://www.ebooks2go.com>